

cesó de publicar que debía su curacion á Basilio : desde entonces principió entre los dos una amistad particular , y se escribian recíprocamente con frecuencia. Lisongeadó Modesto de su trato con tan grande hombre atendia mucho á sus recomendaciones , y Basilio santificaba con el egercicio de la caridad una connexion que sin estas miras superiores le hubiera conuenido poco.

84. Eusebio , tio de la Emperatriz y Gobernador de la provincia , suscitó pasado algun tiempo que el Emperador partió de Capadocia , un nuevo género de persecucion contra el santo Arzobispo con todo el orgullo y furor de un tirano subalterno que estaba seguro de ser sostenido. No procedia , aunque entregado á los Arrianos , por celo de la heregía , sino por un motivo , que si no era mas culpable , era á lo menos mas vergonzoso. Uno de sus oficiales estaba enamorado de una viuda de calidad , y queria casarse con ella contra su voluntad. Refugióse un dia que fue perseguida con la mayor violencia , en la Iglesia al pie del santo altar. Por lisonjear á Eusebio quiso el magistrado forzar este asilo tan conueniente á la naturaleza de la opresion : y Basilio tomó la defensa del pudor que estaba en tal riesgo , oponiéndose á los guardias , enviados para arrebatár á la casta viuda , y procurándola los medios de la fuga. Citó el Gobernador al Santo á su tribunal , y valiéndose desde luego de los medios de hecho mas indignos , mandó desnudarle y que le rasgasen los costados con uñas de hierro. El santo Arzobispo le dijo sin la menor conmo-

cion y con mucho ánimo : „vos me hareis un gran favor si me arrancais del seno el mal aliento que me sofoca ;” queriendo hablar ó de la debilidad de sus pulmones , ó de una asma que le atormentaba mucho : pero informado el pueblo de la crueldad con que perseguian á su Pastor , se alborotaron todos , hombres , mugeres y niños , armándose con cuanto pudieron encontrar á las manos. La casa del Gobernador iba á ser forzada , y él hubiera muerto , si Basilio no se hubiese puesto de por medio. Eusebio tan arrogante y tan feroz un momento antes , cayó pálido y temblando á los pies de su prisionero , el que no necesitaba de que le pidiesen. Libre ya de los verdugos no menos consternados que el Gobernador , salió el buen Pastor á encontrar la multitud , y suspendiendo con sola su vista el furor de la sedicion , procuró asegurar la vida al mas brutal de los perseguidores.

85. En breve sucedió una mudanza en el orden civil que egercitó mucho el sufrimiento y moderacion del celoso Metropolitano. Fue dividida en dos la provincia de Capadocia , y Tiana quedó por capital de la segunda. Pretendió el Obispo Antimo que el orden civil llevaba consigo al eclesiástico , y que sin mas disposicion venia él á ser Metropolitano de la segunda Capadocia. Basilio mas versado que Antimo en la santa antigüedad y en los usos religiosos , se opuso á lo menos hasta tener una ratificacion ó aprobacion canónica , y para confirmar su derecho con la posesion efectiva y no interrumpida , creó al momento

nuevos Obispos. Ninguno podia hacer mas honor á su eleccion que su piadoso y sabio amigo Gregorio, hijo del viejo Obispo de Nazianzo. Púsole pues en Sácimo, lugar poco interesante y desagradable por su situacion: pero allí era preciso un hombre de mérito y confianza, como que estaba colocado en lo último de las dos nuevas provincias. No queria ser Obispo Gregorio, como todos los grandes hombres de aquellos tiempos egemplares: mas en fin cedió á las súplicas de un amigo tan querido y de su propio padre que lo apoyó con mayor esfuerzo, porque contaba con fijar de este modo á su hijo cerca de sí. Esta fue la causa de la ordenacion del jóven Gregorio. Volvió á la vida privada y retirada, despues de algunas ligeras tentativas para establecerse en Sácimo, donde Antimo le suscitaba contiúas dificultades, y vino al fin á Nazianzo para asistir á su padre á quien sus incomodidades y su decrepitud impedian egercer las funciones episcopales por sí mismo.

86. No tenia otro consuelo el buen viejo que este digno hijo y los egercicios de la piedad, especialmente el santo sacrificio que celebraba en su aposento cuando estaba enfermo: prueba clara del antiguo uso de las misas rezadas y privadas. A pesar de la debilidad de su vejez, reinaba en su rebaño el buen órden y la armonía mas perfecta entre las ovejas y el Pastor, despues que su hijo le habia reconciliado con los monges, separados en otro tiempo de su comunión, porque habia suscrito á la fórmula de Rímini. Solo por simplicidad y sin haber creído jamás

cosa alguna contraria á la fe de Nicéa, habia contraído el Obispo titular de Nacianzo esta mancha. Se retractó solemnemente y pidió en público perdon de esta especie de escándalo á petición del coadjutor su hijo. Poco despues murió santamente Gregorio, llamado el viejo ó el anciano á la edad de cerca de cien años, de los cuales los cuarenta y cinco habia pasado en el Episcopado. Hizo el jóven Gregorio su oracion fúnebre con tanta sublimidad, sin duda, y tantos movimientos patéticos como la de otros muchos personajes, que no le eran tan estimados. Despues tomó á su cargo el Obispado de Nacianzo; pero solo por tiempo limitado, y sin haber querido nunca aceptar el título.

87. Mucho mas agitadas que las de Capadocia estaban las demás Iglesias: especialmente eran atormentados los Católicos de Antioquía siempre declarados contra el Obispo arriano Euzoyo. Fue confinado por tercera vez el santo Obispo Melecio, y se retiró á la Armenia su patria, donde habitó en una posesion que le pertenecia en los confines de la Capadocia: lo que le proporcionó el tratar frecuentemente al santo Obispo de Cesaréa, que por su parte nada deseaba tanto como unirse familiarmente con todos los hombres grandes que ilustraban la Iglesia. Tales eran con especialidad Eusebio de Samosata, Anfiloquio de Iconio, Epifanio, Metropolitano de Chipre, y en las estremidades de Italia Ambrosio, elevado poco antes de la manera que luego diremos á la cátedra de la ciudad reinante de Occidente, como la llamaban á la

sazon, es decir, de Milán, donde residia la corte. Con sus cartas y con otras mil atenciones mantenía Basilio la amistad de todos estos distinguidos Pastores, y mucho mas con sus escelentes disposiciones respecto del rebaño de Jesucristo.

88. También escribió á los Obispos de Italia en general: porque es mucho mas verosímil que la epístola dirigida segun algunos críticos á los Obispos del Ponto, lo fue á los Italianos y al Sumo Pontífice (1). Supone San Basilio á estos Prelados mas allá de los mares; lo que no puede indicar la provincia del Ponto situada en el mismo continente del Asia que la Capadocia. Además los supone libres de la persecucion, que no era otra que la de los Arrianos igualmente poderosos en toda la estension de los estados de Valente; y se sujeta á su correccion. Lo que añade de las funciones de la cabeza en el cuerpo místico de la Iglesia universal, y que atribuye á estos Prelados, ó á su mismo Gefe, forma una prueba mucho mas fuerte y poco diversa de la demostracion. Está dictada esta epístola por la humildad y caridad en cuanto á la substancia de las cosas, y á escepcion de algunos términos arrancados del dolor por la desgracia de los tiempos; pues es mas edificante someterse á la correccion de sus superiores legítimos, que mostrar diferencia á sus iguales, particularmente en materia de fe y de doctrina, en que estos homenajes arbitrarios solo son abusos cuando se substituyen á la sumision legítima. En esta justificacion se trataba del santo

(1) *Basil. Epist. 77.*

Doctor, de sus antiguas conexiones con Eustacio de Sebaste, y de los sentimientos arrianos ó semiarrianos de este viejo artificioso, imputados también á Basilio por los que no podian conocerle de cerca.

En otras muchas ocasiones se quejó de los occidentales, y aun del mismo Papa en particular, con motivo de los santos Obispos de Antioquia y Samosata: llegando hasta acusar á los Italianos de una ignorancia ó inconsideracion que daba fuerza á la herejía. No pueden estas espresiones, sin duda muy fuertes pero vagas y poco conformes á otros mil pasajes en que se esplica tan respetuosa como exactamente, hacer injuria á la fe de la Iglesia Romana, la que ensalza en toda ocasion, y solo quiere decir simplemente, que las preocupaciones de los occidentales contra los santos Atletas de la fe católica Eusebio y Melecio daban mucha ventaja á los hereges. La ignorancia, de que acusa á los Prelados de Occidente, no es mas que de los hechos puramente históricos, ó de lo que pasaba en lo interior del Asia. Respecto á la autoridad suprema de la santa Sede, y á la necesidad de recurrir á ella de todas las partes del mundo, lo muestra con suficiencia San Basilio en sus epístolas, y en especial en las que dirige á San Atanasio.

89. Tenia Eusebio de Samosata un celo que le hacia en estremo odioso á los Arrianos. Recorria sin cesar desde las estremidades de la Siria, donde estaba situada su diócesis á orillas del Eufrates, toda aquella provincia grandiosa, y también la Fenicia y la Palestina para acudir á las necesidades urgentes de

muchas Iglesias privadas de sus Pastores legítimos. Para que los hereges no le conociesen, se vestía de soldado, ó llevaba en la cabeza una tiara al estilo de los Persas. Cuando se encontraba con otros Obispos ortodoxos, instituía Sacerdotes y Diáconos católicos y aun Obispos: ya sea que tuviese para esto una potestad ordinaria, ó ya obrase en nombre de los principales Prelados, á los que en calidad de comprovinciales de los lugares privados de Pastores, pertenecía instituirlos en caso de necesidad: ó tal vez en estas ordenaciones solo se entienden las que procuraba con su solicitud y cuidado. Siempre debemos creer en un Obispo que vivió santamente, y falleció Mártir, motivos que no se oponen á la gerarquía, y del todo diversos de los que sin consideracion y con poca reflexion se le han atribuido; suponiéndole capáz de hacerlo solo por la autoridad que le daban sus años, su virtud y lo que habia sufrido por la fe.

A causa de sus eminentes virtudes, se le habia arrancado á pesar suyo del silencio de la vida contemplativa, y perseveró en el mismo ejercicio por espacio de cuarenta y ocho años que existió en el Episcopado; mas su carrera no era ni menos suave, ni menos afable. Estaba siempre su casa abierta á cualquiera que queria hablarle, ya cuando comia, ya durante la noche y sin temor de interrumpirle el sueño. Irritada la faccion de los Arrianos del bien que hacia en Siria, consiguió confinarle hasta las orillas del Danubio. Llegó por la tarde á Samosata el portador de esta condenacion, y sabiendo el carita-

tivo Pastor cuánto le amaban sus ovejas, dijo á este emisario de la secta: „guárdate de vociferar la causa de tu viage, porque si el pueblo llega á saberlo, te arrojará en el Eufrates.” y partió él mismo reservadamente para su destierro con un solo doméstico, sin llevar mas equipage que una almohada y un libro, y dirigiéndose al principio por agua á la ciudad de Zeugma, situada mas abajo sobre el rio, á veinticuatro leguas de distancia. Supieron los ciudadanos no obstante por el mismo portador la orden del Emperador, y en un instante se vió el rio cubierto de barcas, con las que presto alcanzaron á su Padre, á quien rogaron lamentándose y arrosándole con sus lágrimas que no los abandonase á la rabia de los lobos que iban á destruir su rebaño. Les leyó por respuesta el testo del Doctor de las naciones que manda obedecer á las potestades, y los consoló lo mejor que pudo, exhortándoles á permanecer firmes en la doctrina de los Apóstoles y de los santos Concilios. Pasó Eusebio por la Capodocia, caminando al fin de su destierro, donde no vemos que tuviese la libertad de hablar de viva voz con su amigo Basilio: pero se escribieron muchas veces durante este destierro, y el Obispo de Cesaréa se encargó de remitir al santo Confesor las cartas que le dirigieron de su Iglesia, y aun escribió al Senado público de Samosata consolando y animando á una ciudad, á la que da el glorioso testimonio de que ninguna otra de la Siria se habia señalado en esta persecucion con tanta constancia.

90. Aun se conserva una de sus epístolas á la Iglesia de Evaisa, en la que mostrando como en otras muchas la actividad de su celo, acaba de deshacer la objecion que se formaba de los fatales progresos del arrianismo contra la visibilidad perpetua de la Iglesia Católica (1): testimonio robusto de lo que vimos afirmar á San Atanasio tocante á la pureza de la doctrina en el mayor número de las Iglesias. Dice San Basilio, recomendando la doctrina de Nicéa por la gloria y universalidad de su profesion: „considerad toda la estension del mundo Cristiano, y ved cuán pequeña es la parte doliente: pues todo el resto de la Iglesia que recibió el Evangelio desde un extremo al otro, conserva su fe sana y sin corromperse.” Es digno de observarse que hablaba de esta manera en tiempo de la tiranía de Valente, y cuando el arrianismo triunfaba mas que nunca en el Oriente. Se sacrificaba de esta suerte el santo Arzobispo de Cesaréa por el servicio de todos los fieles, no obstante sus continuas y fuertes enfermedades, y en el propio tiempo en que consumido por las austeridades y fatigas, no esperaba sino una muerte cercana. Escribióle San Anfiloquio, Obispo de Iconio, acerca de la provincia de Isauria, inmediata á la Licaonia, que entonces no tenia Obispo alguno, cuando antes habia en ella un número considerable. El sabio Doctor le respondió: „sin duda seria lo mejor dividir el cuidado pastoral entre muchos Prelados; mas porque no es fácil hallarlos dignos, debemos evitar, que que-

(1) *Basil. Epist. ad Evais. et ad. Neocæ s. 75.*

riendo lo mejor, no faltemos á lo esencial; que multiplicando los ministros no envilezcamos el ministerio santo, y que no disminuyamos el respeto de los pueblos dándoles sugetos poco experimentados: y así será mejor que nos contentemos con establecer en la capital un hombre seguro encargado del gobierno, y que tome coadjutores si el trabajo es excesivo á sus fuerzas; mas sino es fácil encontrar un tal Obispo, cuidemos primeramente de establecerlos en las pequeñas ciudades y pueblos que los tenían en lo antiguo, antes de elegir uno para la capital, no sea que este nos embarace en lo sucesivo, rehusando aprobar la ordenacion de los demás.” Escribió otra vez algun tiempo despues á San Anfiloquio, para que remitiese á la Licia un hombre de satisfaccion que reconociese los que conservaban la fe ortodoxa; porque el error de los Mecedonianos acerca del Espíritu Santo dominaba entre los asiáticos, esto es, en la parte del Asia menor llamada propiamente Diócesis de Asia, y cuya capital era Éfeso. Trata aquí el celoso Doctor con mucha individualidad de las cosas y personas, que demuestra cuanto se interesaba en el buen estado de todas las partes de la casa de Dios.

91. Habia contraido el santo Obispo de Iconio Anfiloquio con los dos ilustres amigos Basilio y Gregorio aquella amistad tierna y sólida que se funda en la conformidad de inclinaciones y costumbres, y aun de las cualidades indiferentes. Nació como ellos en Capadocia, y era tambien igualmente de una familia noble, y de una ciencia profunda, de una gran-

de elocuencia y de una virtud eminente, fortalecida por un largo uso de la vida retirada. Siempre habia mantenido una estrecha conexion con Gregorio: mas desde que Basilio fue elegido Obispo, Anfiloquio, que aun no lo era, evitó hallarse con él, para que no le confriese las órdenes sagradas de que se creía muy indigno; precaucion que su singular mérito y la pública estimacion hicieron insuficiente; pues habiéndole encaminado la Providencia á Pisidia, fue nombrado á pesar de su resistencia Arzobispo de la ciudad de Iconio, erigida poco antes en Metrópoli de la segunda Pisidia ó Licaonia. Le escribió Basilio acerca de su ordenacion para consolarle, animarle y convidarle á que fuese á verle, lo que efectivamente hizo. Convidáronle, segun la costumbre observada con los Obispos forasteros, á predicar en presencia de los habitantes de Cesaréa, á quienes llenó de admiracion; y su voto era tanto mas honroso, quanto el gusto de este crecido auditorio habituado á la elocuencia sublime de su Pastor, era sólido y delicado. Se propuso Anfiloquio desde entonces por modelo y guia en el cumplimiento de todos los deberes del Episcopado á Basilio, consultándole no solo sobre las profundidades especulativas del Ser Supremo, para aterrar á los sofistas hereges, sino tambien acerca de la ciencia práctica de las costumbres y de la disciplina.

92. Escribió el santo Doctor aquellas tres epístolas canónicas tan dignas de la mayor estimacion de la antigüedad, para satisfacerle en esta última parte. Contienen ochenta y cinco cánones de disciplina, prin-

cialmente sobre la penitencia pública, en contestacion á otras tantas preguntas del Obispo de Iconio. Nada es mas propio para facilitar en quanto es posible la pena al pecado, ó á lo menos para inspirar el horror debido á ciertos crímenes. Mayormente se trata del homicidio y de las culpas cometidas en el matrimonio. Sujétase á veinte años de penitencia el homicidio voluntario, en el cual se comprende el dar veneno y los maleficios de la magia. Debe estar el penitente cuatro años *humillado* á la puerta de la Iglesia mientras los oficios divinos, sin poder entrar en ella: cinco entre los *oyentes*; esto es, admitido á la instruccion, y no á las oraciones: siete *postrado* durante las oraciones; y cuatro *consistente* ú orador de pie. Estos eran los cuatro grados de la penitencia pública, que subsistieron con uniformidad en la Iglesia por dilatado tiempo. Respecto al homicidio involuntario, es decir, que no ha sido cometido deliberadamente, sino por inconsideracion ó descuido, la penitencia es de diez años.

La pena del adulterio es de quince años para los hombres: mas si la infidelidad recae en la muger, el marido debe dejarla, pero la esposa no debe separarse del esposo infiel. De consiguiente, cuando el marido deja á la muger por causa de adulterio, se le permite volverse á casar viviendo la primera esposa; y tal es todavía el uso de la Iglesia oriental. Ha conservado perpetuamente la Iglesia de Occidente una disciplina mas evangélica y exacta, segun la cual solo la muerte puede disolver el matrimonio. No obs-

tante tolera el uso de los Orientales, con quienes no ha querido romper por esta causa. Está sujeta á las mismas penas que el adulterio la unión incestuosa. Entiende San Basilio como nosotros por incesto casarse con dos hermanas una tras de otra: el uso que tiene fuerza de ley, dice, es separar á los que hubiesen contraído tal unión, y no admitirlos sin esto en la Iglesia. Aquí se ve la antigüedad de la potestad eclesiástica tocante á la validación de los matrimonios. En lo que se dice de la nulidad de los matrimonios de las personas que están bajo el dominio de otro, como los esclavos y los hijos de familia, creen ver aquí algunos doctores un principio que autoriza nuestra jurisprudencia en su conducta con los menores que se casan sin el consentimiento de los padres, mas solo se fundan sobre el rapto de seducción, fácil de presumir en unas circunstancias en que la pasión prevalece sobre los intereses mas robustos y mas razonables.

Tiene las mismas penas que el adulterio el pecado contra naturaleza. La simple fornicación tiene cuatro años de penitencia. Había para las segundas nupcias una especie de penitencia que variaba segun las Iglesias; pero mas bien era una humillación, que una expiación propiamente tal, á no ser para las cuartas y ulteriores nupcias que algunos calificaban de poligamia, y como una unión brutal poco digna del género humano. Eran privados de sus funciones los eclesiásticos que olvidaban la pureza sagrada de su estado, y reducidos al orden de los legos sin otra penitencia.

Esta era la regla antigua y fundada sobre la equidad que veda castigar dos veces una misma culpa; siendo la deposición una pena muy grande y perpetua por su naturaleza, al paso que los legos recobraban todos sus derechos despues de cumplidas sus penitencias. Permitia el uso antiguo recibir á las vírgenes que caían despues de su profesión, al fin de un año como á los bigamos: mas San Basilio es de parecer que en adelante se use de mucho mayor rigor, y sean tratadas como los adúlteros. Solo provenia esta antigua indulgencia con las vírgenes consagradas, de la dificultad que hubo al comenzar el cristianismo para hacer gustar de esta virtud angélica á las gentiles convertidas. Pareció mas á propósito, establecida sólidamente la Iglesia, y ensalzada la virginidad, estrechar la disciplina sobre este punto, que relajarla. Sin embargo, para usar de esta severidad quiere el santo Doctor que las vírgenes hayan hecho profesión voluntariamente sin impulso de sus parientes, y en edad madura; esto es, á los diez y seis ó diez y siete años cumplidos: lo que muestra la antigüedad de las reglas seguidas por el santo Concilio de Trento, que trata de la edad de la consagración de las vírgenes. Como los monges no hacian aun profesión expresa de continencia, es de opinion el Santo, que se les obligue á hacerla, y que si la quebrantan, sufran la penitencia de los fornicarios.

Están sujetos los perjuros á diez años de penitencia si cometieron el crimen por su propio querer; y á seis si fuese por una especie de violencia. Decídese,